



Turbocrónicas

MARCO AURELIO CARBALLO

Maestro de toda la vida

Texto escrito a propósito de una comida-homenaje ofrecida en el 2001 por Agustín Gutiérrez Canet, a Enrique Loubet junior, en su cumpleaños 74

De Enrique Loubet junior (1929-2007) tengo un recuerdo imborrable y es el de un momento durante el cual, impecable el traje de lana oscuro y la corbata a rayas diagonales rojas y azules, desciende de un taxi, libro bajo el brazo, a la puerta de Excélsior. El volumen era de esos editados con papel de Biblia, las obras completas de cierto autor de fuste, o cuando menos uno de los tomos de las obras completas de ese autor aludido. Por sus características un libro así suele leerse en casa no a bordo de un auto de ruleteo, excepto si se forma parte de la cofradía de voraces lectores insaciables. Loubet leía una novela a la semana cuando menos, según me dijo. Yo nunca hice cuentas semejantes. Quizá leyera medio libro a la semana, pero igual dos si se trataba de volúmenes de regular extensión como podía hacerlo también él. Stephen King lee de setenta a ochenta libros al año. No es competencia. Son meros datos.

Pero sí llegué a tomarme el tiempo de la lectura. Quería precisar cuánto leía en determinado tiempo. Quería saber cuánto tiempo me llevaba leer tal o cual libro. Leía cincuenta páginas cada dos horas, descubrí. Es decir necesitaba doce para un libro de trescientas hojas. Durante las épocas de estudiante o de desempleo podía leer cualquier libro de trescientas páginas por jornada. Años después tomé el curso de lectura veloz. No para leer a todo trapo a Kafka, a fin de darle trámite a la inmundicia (discursos, boletines), parte de la materia prima del reportero.

Son manías de gente lectora o de escritores. Manía de Loubet fue cuando escribió cierta crónica trufada de frases cuya extensión máxima era de una línea de máquina de escribir. O sea

líneas de diez, doce palabras. Ni más ni menos. Quién sabe para qué o por qué razones. A lo mejor sólo cual especie de virtuosismo. Acaso también la idea del ejercicio nació ante el estímulo de los artículos de José Alvarado publicados sin la conjunción “que”, en la página siete, como bien lo hace ahora Rafael Cardona Sandoval. Algunos compañeros trataron de imitar al maestro Alvarado pero producían textos cojitranco, como erizados de granos purulentos, como pergeñados al cascarazo. No es suficiente, supongo, erradicar por decreto el queísmo.

Loubet era de hecho el cronista del periódico porque estaba dotado de lo necesario para serlo, aun cuando de vez en vez publicara sin firma notas informativas. Cierta noche estaba yo de guardia en la redacción y se acercó a mi escritorio y empezó a leer unas cuartillas mías. Preguntó de qué iba el asunto cuando él ya estaba leyendo la primera de las hojas. ¡Ah!, exclamó, esto pretende ser un cuento. Yo aprovechaba las guardias para pergeñar los borradores de mi primer libro de narrativa, La tarde anaranjada y otros relatos. Lo hacía a escondidas de los compañeros deseosos de ser sólo reporteros y nada más reporteros. Pero eso sí, devoradores de libros. Temía sus burlas o el chisme llevado al jefe de información porque éste podría cancelarme tales guardias, en apariencia castigos.

No tuve tiempo de ocultarle a Loubet aquellas hojas. Jaló una silla, tomó asiento y desmontó el lápiz de la oreja derecha, como lo hacía Pedrito Infante en Nosotros los pobres, y se puso a corregir mi texto. Esperé paciente la lectura minuciosa del borrador de mi relato. Al terminar él dijo algo así como a ver qué te parecieron las correcciones sin calificar la mayor o menor calidad del texto. No me disgusté por el “atrevimiento”, como lo calificó cierto colega a quien se lo platicué, y hasta le di las gracias a Loubet.

Desde mucho antes de engendrar en el alma la ambición de ser reportero de Excélsior, leía a Enrique Loubet junior. Quizá lo leyera desde que repartía periódicos en mi pueblo, bajo la sombra de una ceiba, cuando dejaba mi bici a un lado para tomar breve descanso. Fue uno de mis maestros en Excélsior. Ya no recuerdo cuál de mis cuentos era aquel. Ignoro si aparece incluido en mi primer libro. Tampoco sé si fue uno de los inéditos porque terminaron refundidos en el bote de la basura.

Sin embargo de parte de Enrique Loubet fue, estoy seguro, un solidario gesto didáctico movido sólo por el afán de ayudar-

me. Nunca olvidé esa disposición suya hacia el reportero bisoño y cuando él publicó sus entrevistas y crónicas en el libro *Aquí y allá* (espléndido el prólogo de René Avilés Fabila) volví a leerlas con deleite. Leí el volumen de un tirón y, no hay resquicio para la duda, sigue siendo uno de los maestros escogidos por mí, no impuesto por ninguna escuela. Ahora lo saludo con mayor afecto porque ha cumplido sus primeros setenta y cuatro años de vida.

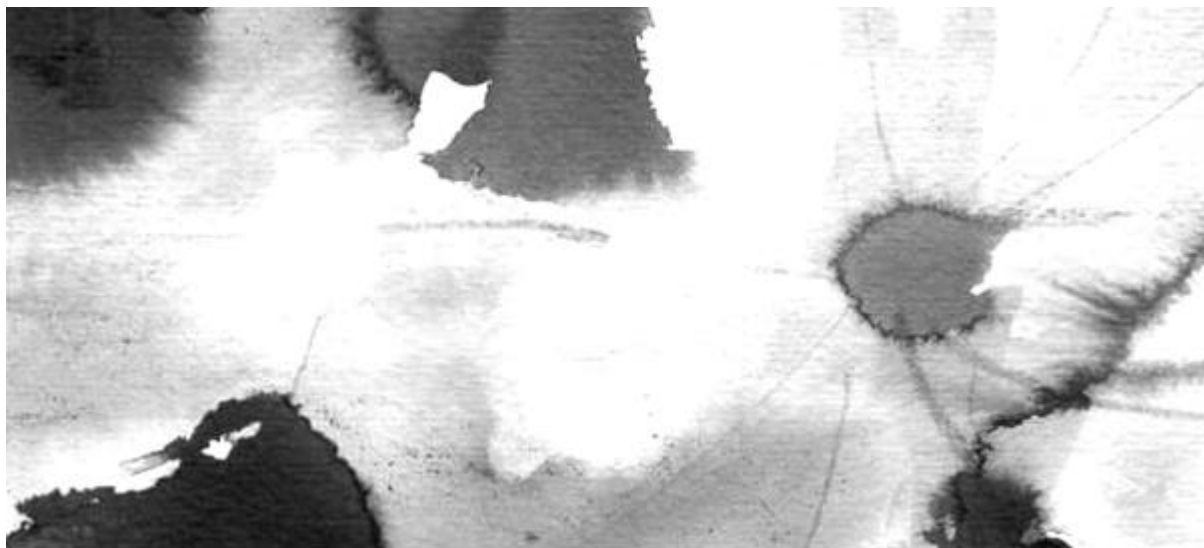
Elogio de Paco Chanona

Sí recuerdo el momento en que conocí a Paco Chanona (Tapachula, 1928) y jamás olvidaré la imagen. Pero quiero escribir de su paciencia y de su tolerancia, virtudes que se pierden en la jungla del asfalto. Incluso aun cuando uno llegue procedente de otra, de la selva "emputecida de verdor", según descripción del poeta y periodista Ricardo Poery. ¿Dónde quieren comer?, preguntó Paco Chanona en Tuxtla Gutiérrez (TG) hace varios sexenios. Como todo salvaje irredento, le gané la palabra a Petunia y dije que a la orilla del Grijalva, en el embarcadero de Chiapa de Corzo. Mojarras. Muchas. Dos o tres. Allá fuimos, a unos minutos adelante de la Zona Galáctica, la zona roja de la capital de Chiapas, esa bendecida por un obispo, según informaron los colegas, y no tengo por qué dudar de ellos. Pero Paco Chanona, acompañado de su esposa Isabel, no soportó el aleteo y el zumbido de un enjambre de moscas. Ni las señoras, pienso ahora. Mejor escojo yo el lugar, dijo Paco y nos llevó a un restaurante de succulentas carnes. ¿Te acuerdas?, le pregunté a Petunia, ahora que comentábamos el feliz acontecimiento de que le hubieran conferido a Paco el

Premio Chiapas 2007. Nunca se me va a olvidar aquella sórdida palapa llena de moscas, dijo Petunia con esa claridad contundente como ellas recuerdan cualquier error de uno.

Después Paco Chanona y yo nos hemos visto en el DF y en TG. Me llevó a conocer la taberna Omar Khayam, recuerdo, cuando estaba en boga la TETA, siglas de los Tomadores Expertos en Tequila Auténtico. En las discusiones, el dueño sacaba de detrás de la barra, no una macana, un diccionario... Debo haberlo fastidiado con mis preguntas, la forma desagradable como platico debido a la deformación profesional de reportero. Aparte siempre he querido saber el "cómo" de cualquier oficio o arte en el cual yo esté interesado. Si a ese defecto se le agrega la ¿calidad? de autodidacto, uno debe ser un fastidio para los demás. En tierra de poetas ¿cómo derivó a compositor musical? Un poeta que no domina ningún instrumento, ¿está condenado a "no" componer canciones? ¿Cuál es la diferencia de componer en piano a hacerlo en marimba? ¿Primero es la letra y luego la música? ¿Es "Pulpa de tamarindo" su canción preferida o sucede como a los escritores con una novela favorita, pésima en ventas, por encima de otra vendida como pan caliente?

Cuando formó parte de la plantilla de articulistas en el semanario Siempre!, según el excelente proyecto de Beatriz Pagés Llergo de publicarle a personajes distinguidos de provincia, Paco Chanona y yo empinamos el codo en una cantina del DF. Entonces mis preguntas giraron en torno a la escritura de sus artículos. Estaba recién estallada la guerra de los zapatistas. Por el contenido de los textos de Paco Chanona, yo estaba al tanto de su desacierto con el suceso y de sus críticas. Por supuesto respeté la



Alberto Calzada

postura y me limité a escucharlo. Hemos vuelto a vernos en TG y hemos bebido y botaneado como todo bolo.

Hace días supe del premio. Quién sabe por qué daba por descontado que ese galardón refulgía ya en el racimo anchuroso de sus premios. Sentí mucho gusto porque esa omisión hubiera sido enmendada. Entonces fue cuando me hice la pregunta de cuándo lo conocí porque iba a escribir una Turbo para celebrar su premio. Imagino que por eso empiezan así las remembranzas: “Conocí a Fulano en tales y cuales circunstancias”. Pero yo quise arrancar con aquello del embarcadero y de la mojarra y de la palapa llena de moscas. Por masoquista. Así que me reservé la primera imagen para rematar el texto. Estábamos en casa del desaparecido editor Conrado de la Cruz, quien celebraba su cumpleaños. Yo asistía de forma casual, gracias a una visita a TG. Entonces Paco Chanona se puso al piano, y de pie. Después he visto esa imagen suya en fotos. Es una de cien preguntas que le haré cuando lo vea y lo felicite y lo abrace por su premio. Te miro de pie, voy a decirle, y evoco de inmediato la figura de Hemingway tecleando en la misma postura. ¿Hay alguna razón, querido maestro?

Prólogo a libro de Mario Escobar

Antes de dar la bienvenida a Mario Escobar y de aplaudir la aparición de su primer libro de cuentos me gustaría relatar cómo lo conocí, a fin de establecer ese contexto necesario en muchos casos. La bienvenida es a un mundo poblado de libros justo cuando se ventilan las desventajas de la bestselerización y las ventajas de que aún haya editoriales pequeñas, entre las cuales destacan las universitarias y las marginales. La celebración podría ser, aparte de la aparición del libro en sí, porque Mario Escobar ha dejado de ser un escritor inédito.

A Mario lo conocí en nuestro Taller de Narrativa, en Tapachula, Chiapas, a principios de este siglo XXI. Él solía llegar desde Comitán a ofrecer sus textos a la crítica, en ocasiones impía. Cierta vez, con Godofredo Rodríguez, otro colega escritor, seguimos la sesión de trabajo en La Poblánita, una legendaria cantina de Barrio Nuevo, convertida por desgracia y por la mundialización en un hervidero atroz de bolos estridentes. Aunque otros compañeros viajaban desde Huixtla o desde Cacahoatán, el viaje de Mario desde Comitán denotaba su interés definitivo en el dominio del oficio de escritor.

De esos cuentos recuerdo la cadencia de su prosa y su extensión. Lo mismo que, al cesar la crítica a uno de sus textos, él pre-

guntó: A poco de plano ¿está muy malo? Claro que no, le contesté. Pero en el Taller se pretende que el escrito alcance el ciento diez por ciento de perfección. Aun cuando los clásicos digan, porque lo han experimentado en texto propio, que no lo hay perfecto. Incluso Borges solía mantener dos o tres errores para darle al cuento el rango de obra humana, según confesó. No quiso erigirse en Dios de la literatura.

Ahora, leído con placer *Los días por venir* y otras ficciones, observo que se trata de cuentos anteriores o posteriores al Taller de Tapachula. Breves por cierto. Lo mismo advierto frases más cortas, lo cual confiere nitidez a las historias. Sin embargo espero que sus relatos leídos en el Taller formen parte de un segundo o tercer libro.

En *Los días por venir* y otras ficciones, Mario Escobar ha impregnado los cuentos de una atmósfera inquietante, y también de misticismo o religiosidad. La relación de pareja está presente y sus conflictos habituales, puestos en la realidad literaria, tratados con delicadeza y originalidad. “Proscripción” y “Una versión renovada” resultan sobresalientes.

Mario Escobar ha avanzado con mano firme en el desarrollo de este oficio formidable de la ficción. No quisiera escribir que he advertido ese avance al comparar estos cuentos con los del Taller de Tapachula. Él podría aclararme que estos segundos textos son más bien los primeros o viceversa. ¿Me explico? Suele suceder. El verdadero reto, lo maravilloso de la narrativa, afirmaba un maestro, podía estar en que el primer cuento o novela resulte casi perfecta, pero el segundo o la segunda, si no un fracaso, sí de menor calidad literaria. Aunque uno aprenda a escribirla mientras la escribe, la tercera obra es por supuesto el resultado del oficio adquirido con la primera y la segunda, agrego yo.

Mario Escobar seguirá escribiendo con un esfuerzo permanente y sostenido, sin duda. Ahora demuestra en este libro el desempeño de un narrador provisto ya de voz propia. Pero sus lectores esperamos de él más y mejores relatos. Quizá la primera novela. Hay magma en su interior. Restaría someterlo al dominio de la técnica. Lo pronostico porque la escritura, después de la lectura, es una adicción con repercusiones benéficas.

Felicito a Mario Escobar por este libro de ficciones y también al afortunado lector. Al cerrarlo, una vez leído, podría incluso cambiarle la vida, tal y como repercute la buena literatura, opina otro excelente narrador tapachulteco, Víctor Manuel Camposeco. Si no, cuando menos, saldrá del libro con el espíritu robustecido. ■